

VII. NECROLÓGICA EN HÓNOR
DEL ILMO. SR. D. ANTONIO OJEDA CARMONA

INTERVENCIÓN DEL ILMO. SR. D. RAFAEL VÁZQUEZ LESMES

En muy escasas ocasiones me he visto obligado a participar en sesiones necrológicas celebradas por esta Real Academia, pero aún son menos mis deseos de intervenir en ellas, por la sencilla razón de lo que llevan consigo: hablar de un miembro ya ausente, de lo que todos nos lamentamos. Pero si a ello se une que la intervención se encuentra motivada por la gran estima habida de quien ocupa en estos momentos la tribuna con la persona homenajeada, aún mayor será mi tristeza por esta intervención, a la vez que me obliga voluntariamente a ocuparla para desde ella proclamar no sólo la amistad y cariño que me unieron a la persona de Antonio Ojeda, sino también la de exaltar las dotes y virtudes que lo aureolaban.

Quizá no sea el más indicado para realizar esta labor, puesto que mi afecto por Antonio Ojeda no se remonta mucho en el tiempo, de lo que otros compañeros puedan alardear. Como digo, no fueron tantos los años de nuestros comunes contactos transformados casi de inmediato en una amistad calificada como imperecedera. El nexo común que nos unió fue esta docta Casa. Yo no había tenido ninguna conexión fuera de ella con quien, a poco tiempo de conocernos y compartir afanes comunes, fuera dejando una honda huella en mi persona, debido a ir descubriendo poco a poco, paso a paso, pero sin pausa, sus grandes y escondidas cualidades -más que escondidas, diría yo, encerradas y bien guardadas- en lo más íntimo de su ser. Éstas iban aflorando ante mis ojos y profundizando en mis más íntimas percepciones con una medida digna de la personalidad que guardaba.

Nuestro compañero y amigo Antonio Ojeda fue conquistándome día a día, sin utilizar más armas y bagajes a su favor que la exhibición no deseada de su enorme sencillez y su entereza de alma, puestas de manifiesto en diálogos reposados. Así, cadenciosamente, se fraguó una amistad que para el que habla fue motivo de gran orgullo al haber descubierto dentro de aquel ropaje que le envolvía, quizá para algunos considerado como reservado, a un hombre, a una persona llena de honestidad y bien hacer, hasta el punto de verme influido por esa aureola dimanante de su interior. En todo el espacio temporal que duró nuestra amistad no perdí ocasión para recibir ejemplos de una bonhomía emanada a raudales de su persona.

Ahora quiero pasar a analizar brevemente las dos facetas de su personalidad por mí contempladas, tanto como persona en sí como desde el punto de vista de su quehacer artístico. Comencemos invirtiendo los términos.

No me considero como el más autorizado para realizar un juicio crítico de su obra, fruto de la cual fue su arribada a esta docta Casa. Doctores tiene el Arte y ha tenido para loar sus dotes y capacidades estéticas, tanto en el campo de la pintura como en el de las letras, este último fruto del pensamiento reflexivo sobre la primero, plasmado en una serie de artículos publicados en la prensa diaria, en revistas de la especialidad

y recopiladas en su obra *Escritos en la arena*, de la que tan orgulloso se mostró y que tuvo en gran honor de prologar y presentar respondiendo a su petición. El contenido de su publicación, consecuencia lógica de una continua evolución, inconformista con los encasillamientos manidos, y siempre abierto a nuevas aventuras dentro del campo de las artes, es, a la vez, expresiva de un estado anímico escudriñador de otras formas de comunicación, reflejando la compleja manifestación de un espíritu inquieto a través de la pluma y, en este caso, no con el trazo lineal de un dibujo, sino con la palabra escrita. De todas formas, el mismo Antonio Ojeda refiriéndose a su libro decía que “con torpes palabras he intentado mostrar mis sentimientos con sinceridad; detrás de cada artículo hay un alma que ha procurado expresarse con la claridad diáfana de su existencia”.

Como he dicho anteriormente, no me corresponde a mí juzgar su obra como pintor. En el libro publicado por CajaSur, titulado *Antonio Ojeda*, quedan nítidamente reflejadas, por plumas muy acreditadas dentro del mundo del Arte, las opiniones laudatorias que mereció y merece su pintura. No obstante, habría que recordar las palabras de un galerista que, con motivo de su muerte escribió en la prensa local que había sido “un maestro, un profesional, un señor y una buena persona”. Resumen muy ajustado sobre su personalidad y su vida.

En cuanto a un análisis de su figura, me siento inclinado a reproducir lo que en el prólogo de su libro me honró en escribir. El criterio manifestado en él, pasado el tiempo, no se modificó en lo más mínimo, sino que fue asentándose cada vez con más fuerza. Decía que “la observación y el análisis de su persona y el trato mutuo habido me han llevado a formar un criterio de Antonio Ojeda, sin temor a errar, resumido en las siguientes cualidades: mesura, sobriedad, modestia, serenidad y una bondad sin límites, son las sustantivaciones sobre las que se asienta el devenir de toda una vida. A él siempre lo encontraremos en la misma tesitura; igual en situaciones borrascosas, como en los momentos de mayor bonanza. Éstas son las características de su anchurosa personalidad, sin ángulos, sin aristas, sin vértices, en una palabra, sin rupturas. Quizá añadirle el empaque, señorío y caballerosidad que emanan de su persona como notas rutilantes y definitorias de un hombre notable por su bonhomía y su bien hacer”.

Me gustaría, para finalizar, rememorar una última etapa de su vida, cuando imposibilitado para pintar y escribir, en la paz dulce y el sonoro silencio que emanaba la soledad de su retiro en “El Arrayán”, y casi inmovilizado en su salón, no tenía más consuelo y alegría que la compañía permanente de Manola, los encuentros con sus hijos, la lectura de la prensa y la contemplación de una buena parte de lo mejor de su obra colgada en su salón, con una “Primavera”, espléndida de matices y colorido, también reflejada en el atrayente verdor de un jardín avizorado con ansiedad por unos ojos ya cansinos, lejos de la fuerza expresiva con que plasmó aquellos jinetes apocalípticos, pero, a la vez, denotando la sensación de haber llenado toda una vida con la entrega total a su familia y la satisfacción de un deber cumplido.

Y por último, recordar la estima y el cariño que profesó a esta Casa. Cuando aparecía en mis visitas, las primeras palabras pronunciadas después del saludo ritual siempre fueron inquiriéndome: ¿Qué sabes de la Academia? ¡Cuéntame cosas de ella! Invariablemente ansioso de conocer la vida y aconteceres de esta institución a la que había servido con toda la entrega que le fue posible, tanto desde el punto profesional como del artista. En esta Casa quedan recuerdos suyos, entre ellos el original que tuvo a bien ilustrar la portada de las jornadas dedicadas a Felipe II, como fruto de su voluntaria y desinteresada colaboración a cualquier iniciativa sugerida, así como las estampas navideñas de felicitación.

Querido Antonio: siempre te recordaremos en la Academia, tu segunda casa;

siempre conservaremos una estampa ante nuestros ojos de la persona cortés, honesta y sencilla que emanaba de tu señorial figura; y siempre reservaremos en el fondo de nuestro corazón un lugar recóndito en donde se levante un altar con el fin de dar culto a tu sencillez, franqueza, lealtad, bien hacer, modestia y serenidad. Todo ello nos servirá de ejemplo a seguir.

INTERVENCIÓN DEL ILMO. SR. D. MANUEL GAHETE JURADO

Decía Concha Lagos que “nadie puede morir la muerte de otro”¹. Y muy pocos vivieron como ella para comprender donde estriba la diferencia entre la muerte inalienable y el dolor elegíaco de la pérdida de los seres queridos con los que se va, sin duda, algo de lo mejor que hay en nosotros.

Conocí a Antonio Ojeda a través de la literatura, cuando ya no asumía cargo alguno en el Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, donde por circunstancias del destino concurríamos, en épocas distantes, un pintor y un poeta, aunque lo suyo ciertamente parecía más severo, porque, durante los diez años en que fue director general de la entidad cordobesa, tuvo que canjear pinceles por estadísticas, lo que no le impidió seguir “formándome interiormente”², instruyéndose en el arte de la Pintura, actividad señera que nos lo recordará siempre y a la que se debe su incorporación a esta Real Academia en 1972 como Académico Correspondiente y, en 1994, veintidós años después, como Miembro de Número. Antonio, que fallecía a los 86 años de edad, tras diez años de penosa enfermedad que lo alejan de su pasión pictórica, siempre fue un hombre bueno, machadiano, atento a los requerimientos de sus amigos y dispuesto sin evasivas a ilustrar con su arte las páginas de un libro de poemas³.

Esta es la memoria, publica e íntima, que conservo de Antonio, al que veía transitar por los claustros antiguos de la Real Academia con su porte aristocrático y su afabilidad cortesana. Refinado y sobrio, parecía envuelto en un halo mágico que más que distanciarlo lo acercaba cordialmente.

En España, soportamos un lastimoso estado de desidia hacia el arte. Tal vez secuela de una situación ordinaria que acaece en el resto del mundo y que ha marcado, ignominiosa, la historia de la humanidad. El desprecio general por el arte, encuadrado en un contexto mucho más amplio y ominoso, se entiba en el desdén generalizado por lo que somos incapaces de entender; o no reporta, constante y sonante, un lucrativo negocio o beneficio.

¹ Concha Lagos, *Los Anales*, Palma de Mallorca, Papeles de Son Armadans, 1966, p. 118.

² Rosa Luque, Entrevista a Antonio Ojeda, en *Diario Córdoba*, 1997. Cajasur organizó una amplia exposición en octubre de 1997. En este año se ofreció, en la sala de exposiciones Cajasur Gran Capitán, una muestra antológica compuesta por setenta obras, entre dibujos y pinturas, editándose para la ocasión un libro catálogo en el que se recogían además de numerosas ilustraciones del pintor, textos de Ángel Aroca Lara, Miguel Carlos Clementson, Amparo Molina y José María Palencia.

³ Antonio Ojeda nació en Córdoba en el año 1921. Ingresó en la Escuela de Artes y Oficios en el año 1937. A partir de 1946 comienza a exponer. Realizó estudios en la Escuela de Artes y Oficios y en la Superior de Bellas Artes y Arte Dramático, escuela esta última donde posteriormente impartió clases de Indumentaria.

Son contados los artistas -y no digamos los escritores- que viven de su arte -o su escritura-. El talento creativo no cotiza en bolsa, a no ser que se trate de obras pictóricas incardinadas en la memoria histórica más inmarcesible. Somos jueces insensibles, por demasiado sensibles, de las realidades. Antonio Ojeda tuvo que trabajar muy duro para poder ejercitar su arte. En muchas ocasiones, hubo de abandonarlo -ya hemos comentado su dedicación advenediza a las labores financieras- para atender otras cuestiones mucho más perentorias: la de subsistir y forjar una familia. Son más que ilustrativas las declaraciones de Antonio Ojeda cuando confiesa a Rosa Luque, en 1997, que "primero hube de estudiar perito mercantil sin la menor vocación, por esas cosas de familia. Pero tuve la suerte de que, con quince años, ya ganaba dinero pintando cómics, nada menos que 500 ó 600 pesetas, que en el año 37 era una fortuna. Lo malo es que aquello se me terminó cuando tuve que irme al servicio militar, que entre unas cosas y otras duró casi cinco años, y aquello me hizo perder cualquier contacto con el mundo artístico"⁴.

Sin embargo, ninguno de estos deberes filiales y patrióticos impidió que Antonio Ojeda asumiera como aspiración y fe de vida la pintura, en sus más complejas manifestaciones. Con veinte años retoma su dedicación al dibujo de cómics que publica en diferentes revistas de la época⁵, en un momento histórico en que "el cómic clásico fue, para el niño español de los primeros años cuarenta, el gran refugio en un mundo hundido en el pesimismo"⁶. El paso a la publicidad acaeció de manera inminente. Los visionarios de la comunicación iniciaban ahora su imparable camino. El nuevo concepto de 'aldea global', inspirado por las teorías de la comunicación de Marshall McLuhan para describir la interconectividad humana, no podía dejar indiferentes a los comunicadores y publicistas españoles, sabedores de que el cómic nativo, lo mismo que había sido, diez años antes, para el americano medio de la era de la depresión, se habría de convertir en opio para el niño de los primeros años cincuenta, como así fue⁷. Antonio Ojeda no se desprendería nunca de este carácter actualizador y vanguardista que alentaría toda su obra. La impronta simbolista y onírica de su pintura ha sido, en ocasiones, más cuestionada que valorada pero ciertamente conectaba con las incipientes -y vigiladas- tendencias de una época necesitada de renovación que, en España, durante la posguerra, estaban sometidas a duras condiciones y a las que se exigía una clara postulación, como medio de comunicación de masas, de los principios de la ideología oficial⁸.

Antonio Ojeda se acomoda, como todos, a la necesidad vital y la realidad de un tiempo histórico para desarrollar su talento artístico y su empeño profesional en los

⁴ *Ibid.*

⁵ Se llama historieta o cómic (del inglés *comic*) a una serie de dibujos que constituye un relato, con texto o sin él, así como al libro o revista que la contiene. La definición de mayor popularidad entre los especialistas es la de Scott McCloud: «Ilustraciones yuxtapuestas y otras imágenes en secuencia deliberada con el propósito de transmitir información u obtener una respuesta estética del lector», disponible en http://es.wikipedia.org/wiki/Scott_McCloud. Las historietas pueden estar dibujadas en papel, o estar en forma digital (e-comic, webcomics y similares). Will Eisner en su obra *El cómic y el arte secuencial* aportó la definición más acertada hasta la aparición de la obra de McCloud. Francis Lacassin ha propuesto considerar la historieta como el noveno arte, *vid.* en <http://es.wikipedia.org/wiki/Webcomic>.

⁶ Terenci Moix, *Historia social del cómic* (Versión corregida y ampliada de *Los cómics. Arte para el consumo y formas 'pop'*, escrito en 1968), Barcelona, Bruguera, 2007, apud María S. Bermejo, en *Fandecomix* (Revista digit@l sobre la historieta y el teatro), http://www.fandecomix.com/index.php?option=com_content&task=view&id=1163&Itemid=65.

⁷ *Ibid.*

⁸ *Vid.* en http://es.wikipedia.org/wiki/Historieta_en_Espa%C3%B1a.

distintos ámbitos proclives a su quehacer y aspiraciones: realiza pinturas murales para centros oficiales; imparte clases en la Escuela de Arte Dramático de Córdoba; y sigue ilustrando las páginas de diversas publicaciones. De igual manera, en este afán de vitalizar su pasión pictórica con nuevos elementos y propuestas de difusión, ejercerá durante un tiempo la crítica de arte y fundará la revista *Véritas*. En 1951, con treinta años, acomete el reto de una primera exposición que lo llevará, en 1964, a obtener el valioso reconocimiento de ser designado y seleccionado para exponer sus obras en la National Art Gallery de Nueva York. Bien sabía el Académico Numerario y cronista oficial de la ciudad de Córdoba, Miguel Salcedo Hierro, que la muerte de Antonio Ojeda suponía para Córdoba y la cultura cordobesa una pérdida muy importante⁹.

Todas estas razones serían, en mi sentir, suficientes para admirar al artista pero, más allá de su talento, me mueve la nunca bien ponderada, por imponderable, generosidad de Antonio Ojeda conmigo que, entiendo, debía ser connatural a su forma de ser. Dos testimonios claros configuran este aprecio personal que me asocia a Antonio para siempre, relativos a sus ilustraciones y mis obras: nuestros nombres quedarán indisolublemente unidos cuando se hable -presumiendo de que se hable- del *Glosario del Soneto A Córdoba*¹⁰ de Góngora y de *El cristal en la llama: Antología abierta 1980-1995*¹¹.

En el primer texto, homenaje al poeta y a la ciudad donde nació, se repiten las alusiones a Córdoba y a Góngora. Imágenes surrealistas se entremezclan con simbologías e idealizaciones: el mundo clásico poblado de bustos y columnas decapitadas, el azar religioso avivando la mirada de un Dios vigilante y el estupor de los ángeles semihumanos, la pertinaz presencia del olivo y las viñas, los capiteles alárabes tronzándose en las ruinas de Medina Azahara, el hervor del gran río Guadalquivir y las palomas impertérritas poblando el aire y las calles de Córdoba. Una fantasía coral de catorce dibujos, correspondientes a los catorce sonetos de esta glosa contemporánea, en los que Góngora y Córdoba refulgen y respiran con una misma luz y un mismo aliento. Dos son los retratos de Góngora que interpreta en este texto. El dibujo de portada evoca el que pintara Diego Velázquez al poeta cordobés en la corte, ciertamente el más reproducido en el tiempo, con la peculiaridad de haber geminado el rostro dotándolo de una vitalidad distinta y poderosa¹². El segundo se trata de una réplica del grabado que Antonio Chacón Ponce de León realizó para ilustrar el manuscrito de 1628, un año después de la muerte del poeta, de las obras de don Luis de Góngora reconocidas, cuyo original se encuentra en la Biblioteca Nacional. Ojeda mantiene el profuso enmarque con escudo, orla, pilastrillas laterales coronadas por remates esféricos, con depresiones acanaladas en sentido longitudinal a las que se superponen festones de frutas, lazos y cintas ondulantes, cabezas de ángel o *putti* alados¹³, pero difiere de él en que la cartela inferior prácticamente está desaparecida¹⁴, y asimismo en la inclinación del rostro de

⁹ Miguel Salcedo, *Diario Córdoba*, 2007.

¹⁰ Manuel Gahete, *Glosario del Soneto A Córdoba*, Córdoba, Colección de Poesía 'Paisaje', nº 2, Revista *Fuente del Rey*, 1992 (Presentación de Manuel Peláez del Rosal. Dibujos de Antonio Ojeda).

¹¹ *Id.*, *El cristal en la llama*, Córdoba, Cajasur, 1995 (Prólogo de Leopoldo de Luis y Juan Tena Co-redera. Dibujo de portada de Antonio Gallardo. Retra to del autor de Antonio Bujalance. Ilustraciones de Antonio Ojeda).

¹² El original se encuentra en el Museo Lázaro Galdiano de Madrid.

¹³ Los estípites tienen siempre forma tronco-piramidal invertida. Cuando son rectangulares reciben el nombre de pilastras, al ser pequeñas son pilastrillas. Es un término arquitectónico que también se emplea en mobiliario.

¹⁴ El texto de la cartela inferior, que en el original presenta análogos elementos ornamentales con supre-

Góngora, reproducido en sentido opuesto al que aparece en el original¹⁵.

Son cinco los dibujos de Ojeda que ilustran *El cristal en la llama*, donde también aparece un magnífico retrato de Antonio Bujalance, de quien sigue deudora mi gratitud. En 'Credo de soledad', la figura humana, truncada en el interior de las geometrías, se funde con la naturaleza. "Vocación de ser" nos muestra un torso sin rostro con una máscara entre las manos. La pluma es el eje central del dibujo que inaugura "El tacto invisible", sobre la que giran manos que abrazan símbolos relativos al estro de la imaginación y el don de profecía, alegorías de la creación poética. Cuerpo y rostro de mujer se interseccionan creando una composición en cruz griega que preludia "Razón de la alegría". "Habitante del fuego" nos muestra la visión virtual de un autómatas articulado al que los pernos unen en un desesperado intento de escapar de las llamas. En todos ellos se manifiesta claramente el dominio de la composición y el detalle, así como el conocimiento de la indumentaria, materia en la que es diestro al haber impartido clases de esta especialidad en la escuela de Artes y Oficios Mateo Inurria de Córdoba, haber realizado diseños de decorado y vestuario y haber escrito un libro sobre la *Historia del traje*, como nos recuerda, en su fértil memoria, el ilustre Miguel Salcedo Hierro¹⁶.

El tiempo es implacable pero no olvida nunca. En nuestra retina seguirán reflejándose el color y las sombras de los cuadros del Ilmo. Sr. Don Antonio Ojeda Carmona; pero será, sin duda, igual de inmarcesible la luz que de Antonio nos queda en la intimidad del corazón.

sión de las pilastrillas y adición de bordes recortados, ha sido sustituido por el epígrafe "Día de Góngora / 24 de mayo de 1992".

¹⁵ El dibujo aparece en el Manuscrito Chacón, una obra maestra de la caligrafía áurea y crucial documento en la transmisión poética de don Luis de Góngora (1628). El manuscrito (Mss. Res. 45, 45 b y 46, 171025, Madrid, Biblioteca Nacional) se reprodujo en edición facsímil en 1991 [Biblioteca de los Clásicos, Málaga], en tres tomos. El manuscrito original tenía por título Obras de D. Luis de Góngora (Reconocidas y comunicadas con él por D. Antonio Chacón Ponce de León, Señor de Polvoranca), y fue dedicada al Excmo. Señor D. Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares, Duque de Sanlúcar la Mayor... Debajo del retrato de Góngora, enmarcado en un encuadramiento barroco, aparecen en la cartela unos versos, presuntamente del poeta certificando la autoridad de lo escrito: "De amiga idea, de valiente mano / Molestado el metal, vivió en mi vulto / Émulo tibio: y el intento vano / Si vida se usurpó, me rindió culto. / Bien así, oh Huésped, doctamente humano / Copias perdona de mi genio culto, / Cando aun la Fama del pincel presume: / Que no hay de mí más copia que mi pluma" A. A. M. L.

¹⁶ Miguel Salcedo Hierro, Diario Córdoba, 1997.